



Polígonos comerciales en San Juan de Aznalfarache / LAZ

Luces y sombras de los espacios públicos del Aljarafe sevillano

Antonio García García/Víctor Fernández Salinas/Luis Andrés Zambrana

1. La metaciudad

Los procesos de crecimiento urbano metropolitano vienen captando la atención de urbanistas desde hace decenios. Los procesos de difusión de la urbanización, la pérdida de peso demográfico de los municipios centrales, el consumo de recursos territoriales y naturales de importancia, la intensificación del número de desplazamientos unido al uso del transporte privado, así como la generalización de un modelo de vida específico (la vida en el suburbio), expresan una de las dimensiones de la contemporaneidad en muchos países del planeta. La ciudad, más allá de las grandes regiones urbanas, tan potentes en algunos ámbitos del planeta como la Costa Este americana o la cuenca del Rurh en Westfalia, se ha convertido en lo que algunos han venido en llamar la metaciudad; es decir, una construcción social que más allá de una realidad física es una realidad desligada hasta cierto punto de las estructuras territoriales y enraizada en el cerebro de los ciudadanos. La metaciudad está en la mente de los individuos: es una forma de entender la vida, una cultura, un estado de ánimo y un referente espacial muy distinto de la ciudad clásica (con su centro y periferias). La metaciudad hace referencia al espacio urbano que utiliza un ciudadano que satisface sus distintas demandas en territorios muy diversos (trabaja en un sitio, vive en otro, descansa en

otro, compra en otro, etcétera, a menudo a muchos kilómetros uno de otro). La metaciudad entrevera el conjunto del territorio de valores y elementos urbanos, convierte lo natural y lo rural en espacios acotados, protegidos, pero también convertidos en otra cosa, a menudo en espacios de ocio y consumo por y para metaciudadanos y, además, homogeniza el paisaje del territorio y el paisaje del individuo. La metaciudad va unida a los procesos de globalización, y como tales, se identifica con recetas universales, generales, unívocas y a menudo superficiales. Un gran centro comercial rodeado de raquetas de autopistas y de urbanizaciones que no están en un lugar determinado es la imagen más recurrente de este modelo de suburbio de ciudad difusa que aparece en la mayor parte de las grandes ciudades del planeta.

Sin embargo, señalar estos procesos como todos iguales e inevitables también es una reducción de la realidad. En los países más desarrollados (económica, social, ambiental y culturalmente), las políticas territoriales y urbanísticas han impuesto también condiciones a estos procesos urbanos. La regulación de los procesos de suburbanización dependen también de la voluntad política y de la capacidad técnica de los territorios, de su inteligencia y de sus condiciones de gobernanza. Entre los modelos de crecimiento urbano de Estocolmo, Miami, Osaka o Munich hay notables diferencias.

Cada ciudad debe encontrar su modelo y desarrollar las estrategias que lo posibiliten. La Sevilla metropolitana, como otras ciudades españolas en las que los procesos de crecimiento urbano han sido importantes y supramunicipales durante los últimos decenios, presenta un modelo que evidencia la ausencia de políticas territoriales coordinadas, a pesar de la voluntad manifestada por el Consejo de Política Territorial de la recién creada Junta de Andalucía cuando en 1983 plantea la necesidad de establecer directrices de planeamiento urbanístico para el hecho metropolitano, en aquel momento en ciernes, y de que 11 años después, en 1994, tras la primera gran oleada urbanística, el Consejo de Gobierno acuerda formular el Plan de Ordenación de la Aglomeración Urbana de Sevilla, plan que nunca vio la luz y que permitió el avance urbano en ausencia de una mínima ordenación del territorio y ante la competencia entre distintos municipios por atraer las inversiones inmobiliarias. El resultado ha sido muy preocupante en la mayor parte de estos municipios; el objetivo de este artículo es reflexionar sobre las consecuencias de este proceso en uno de los ámbitos de mayor valor patrimonial y paisajístico de la Sevilla metropolitana.

2. El Aljarafe único

Una nota característica de la ciudad andaluza es la de que, además de recrear un escenario urbano simbólico de marcado carácter y personalidad (Granada, Córdoba, Ronda, Carmona...), también genera escenarios rurales próximos a estas ciudades que a modo de mezcla entre la arcadía idealizada y el paraíso perdido son el trasfondo que, desde mucho antes del Romanticismo, completa una relación perfecta entre ciudad-campo y naturaleza: la Vega de Granada, los Montes de Málaga, la Sierra de Córdoba, las marismas de la bahía de Cádiz son en su variedad ejemplo de lo anterior. Es en este tipo de espacios que participan también de la imagen más idealizada, pero también de la más auténtica, de la ciudad a la que pertenecen, en el que hay que concebir la relación entre el Aljarafe y Sevilla.

Sin embargo, muchos de estos espacios, y de forma mucho más grave

que el resto el Aljarafe sevillano, están insertos en un proceso territorial que está cambiando sus valores singulares y específicos por otros de carácter genérico, banales y contrarios a los conceptos de sostenibilidad.

El relieve del Aljarafe bascula bruscamente en sus límites este y oeste; en cambio, ofrece un suave declive hacia el sur. Esta condición de tierra firme, cercano y rodeado en buena parte por la indefinición física de las tierras marismeñas que lo bordean, han terminado por conformar tras milenios de humanización un trasunto de *locus amenus*, compuesto por pequeños pueblos de marcado carácter rural, próximos entre sí, pero separados por formas suaves, en las que sobresalen sobre todo las haciendas del olivar. Se habla incluso, y se exagera también, de las ventajosas condiciones climáticas del Aljarafe, sobre todo respecto de las que posee la capital provincial. De cualquier forma, la singularidad del Aljarafe se basa sobre todo en aspectos relacionados con la percepción cultural del territorio. El Aljarafe, frente a otros espacios en las que esta característica es menos potente, posee una imagen atractiva. No hay mirada, sino miradas. Desde hace decenios, el paisaje aljarafeño ha inspirado miradas individuales, solitarias y anónimas; pero también hay una mirada colectiva de gran interés. Esta mirada se relaciona con aspectos patrimoniales tangibles del propio Aljarafe (el paisaje, los pueblos, los monumentos...), pero también con patrimonios intangibles ligados a la fiesta: el Aljarafe se convierte en parte de uno de los recorridos culturales más significativos durante la romería del Rocío.

Las obras de Campos Venutti y de Francesco Indovina describieron ya hace decenios un proceso que servirían para explicar la degradación actual del Aljarafe. El minifundismo administrativo, el precio del suelo en el término municipal de Sevilla y una relativa existencia de infraestructuras viarias atrajeron buena parte del crecimiento de la Sevilla metropolitana hacia el oeste. Este proceso que se acelera desde los últimos años ochenta, presenta un balance de transformación profunda de las claves territoriales en el que es difícil precisar si lo peor son los impactos o el ritmo de su desarrollo.



Sevilla y su área metropolitana en 1975 y 2004 / Elaboración Propia

La población del Aljarafe Metropolitano¹ se duplicó en los treinta años de formación de la misma, pasando de 98.850 habitantes en el censo de 1981 a 207.635 en el padrón de 2010, lo que supuso un incremento superior al 100% de población, crecimiento que se sitúa muy por encima de la media metropolitana que en el mismo periodo creció un 32%.

Se han desencadenado todos los procesos típicos de la urbanización. Esto es, se viene consolidando un modelo de ciudad difusa, estructurada en

1. Consideramos Aljarafe Metropolitano los incluidos en el non nato Plan de Ordenación del Territorio de la Aglomeración Urbana de Sevilla de 1994: Almensilla, Bormujos, Camas, Castilleja de Guzmán, Castilleja de la Cuesta, Coria del Río, Espartinas, Gelves, Gines, Mairena del Aljarafe, Palomares del Río, Puebla del Río, Salteras, San Juan de Aznalfarache, Santiponce, Tomares y Valencina de la Concepción.

los grandes corredores territoriales que unen Sevilla con occidente y en la que se engastan grandes centros comerciales y de ocio. De hecho, se produce una confusión de usos y una inadecuada utilización de emplazamientos de gran fragilidad no sólo paisajística, sino también desde el punto de vista físico (sobre todo en la cornisa oriental del Aljarafe). Esta confusión de usos y un crecimiento acelerado, que no se acompaña del establecimiento de espacios de sociabilidad y de la creación de nuevos hitos simbólicos de la escala del nuevo proceso urbanizador, termina creando una anomia urbana, un desequilibrio entre viejos y nuevos órdenes espaciales y una pérdida de valores culturales acelerada. Podemos afirmar que estos procesos se han desarrollado sobre la dimensión URBS, en ausencia de una POLIS capaz de



Desarrollo inmobiliario en el Aljarafe / LAZ

planificar y ordenar y sin el acompañamiento de una CÍVITAS que lo dotara de una dimensión vital más allá de albergar una masa móvil de consumidores y productores.

3. La ciudad del despilfarro

Es cierto que se han generado nuevas centralidades periféricas y que, desde un punto de vista objetivo, el Aljarafe que se abre al siglo XXI es más central que el de hace pocos decenios. No obstante, la nueva centralidad tiene poco que ver con los nodos tradicionales de este ámbito y se fundamenta en los citados centros comerciales, estandarizados y globales, y con una escasa capacidad para conectar con la personalidad cultural del territorio en el que se implantan. Por otro lado, el precio del suelo en este ámbito facilita una situación competitiva respecto a otros ámbitos cercanos y, sobre todo, ha generalizado, en lo que podemos calificar como el primer “boom”

urbanístico, el que se da durante la década de los 80 y que se paraliza tras la celebración de la exposición universal del 92, un modelo de vivienda unifamiliar también monótono, consumidor de grandes espacios y muy poco generoso desde el punto de vista ambiental, entre otras cuestiones porque obliga a grandes éxodos pendulares diarios en un radio geográfico muy amplio. Además, muchas de estas urbanizaciones se acercan ya a al modelo de urbanización acotada, cerrada y vigilada, de gran opacidad espacial y con un perfil segregador desconocido hasta hace pocos años. Especialmente preocupante desde todos los puntos de vista es el de los campos de golf como motor del desarrollo inmobiliario, en el que se conjugan todos los problemas territoriales citados ligados al proceso urbanizador (segregación, impacto ambiental, consumo excesivo de agua, etcétera).

En la segunda oleada, la que da comienzo a finales de los 90 y se paraliza con la actual crisis, amparado en el discurso oficial de las bondades

de la ciudad compacta y en el crecimiento exponencial de los precios de la vivienda, las construcciones en el Aljarafe metropolitano sustituyen los unifamiliares por bloques en vertical, apareciendo nuevas piezas de ciudad enfocadas a la demanda de vivienda que la ciudad central ha expulsado por la vía de los precios.

Por último, en el Aljarafe también han aparecido nuevos equipamientos empresariales, científicos y sanitarios de interés, pero todos ellos no pueden compensar el consumo y la destrucción del capital territorial que el proceso urbanizador ha implicado. De hecho, la infraestructura general de esta zona se ha volcado, de forma absolutamente insuficiente, a modelos de transporte motorizado privado, despreciando las infraestructuras existentes (especialmente del ferrocarril) y con una política de creación de nuevos modos de comunicación muy por detrás de la edificación de grandes piezas territoriales y teniendo como efecto el estrangulamiento diario y el colapso frecuente tanto en las relaciones internas de las localidades del Aljarafe, como sobre todo respecto a Sevilla capital.

4. Los Aljarafes

En términos absolutos el Aljarafe no es una realidad urbanística, poblacional o patrimonial homogénea, aunque sí se comparte cierta similitud en los procesos que lo han configurado como lo conocemos en la actualidad, sobre todo en el caso de los grandes núcleos de población de lo que se podría denominar el “Aljarafe Central”, con evidentes síntomas de conurbación, y que representan la dominancia de la ciudad difusa a la que parecen optar la mayor parte de los planes de ordenación urbana de la comarca. Su naturaleza periurbana y su extrema vocación residencial han consolidado unas relaciones centro-periferia tanto en el plano urbanístico, como social. Éstas se producen a dos escalas: por un lado el Aljarafe es la periferia de la ciudad central de Sevilla, lo que se evidencia en continuos movimientos pendulares entre ambos (laborales, administrativos, lúdicos...). Por otro lado, dentro de los propios núcleos, se ha reproducido un contraste centro-periferia propio

de la capital. Todo ello tiene un claro reflejo en el espacio público.

A escala metropolitana, el crecimiento poblacional y la difusión espacial de la trama urbana ha determinado el interés en grandes espacios libres que doten no sólo a la población de la ciudad central sino también al vecindario cada vez más abundante de la corona periurbana. En el Aljarafe aparecen algunos espacios que responden a estas características, como el parque periurbano de la Hacienda Porzuna o los pinares de Puebla del Río. Sin embargo, otros muchos espacios potencialmente atractivos incluidos en el Plan de Ordenación del Territorio de la Aglomeración Urbana de Sevilla en 2009 y que ya fueron identificados como actuaciones prioritarias en el *Documento de Objetivos* del anterior POT AUS están por materializar (véanse los parques del Carambolo, el Central o el de la Cornisa del Aljarafe, así como los terrenos de Tablada entre el Aljarafe y Sevilla). Una situación que evidencia el escaso interés mostrado en este tipo de lugares por el urbanismo del Aljarafe en las últimas décadas.

Ahora bien, en función de la conjunción de circunstancias espaciales, históricas, simbólicas o de programación, estos espacios colectivos también pueden tener una relación particular con su entorno inmediato. Este carácter dual se observa por ejemplo en el parque de la Hacienda Porzuna, al que incluso se asoma el caserío reciente de Mairena del Aljarafe, o en otros espacios propuestos como el *Corredor Verde de Riopudío*, con un gran interés como herramienta de protección de los valores ambientales y estructurales del Aljarafe, así como de ordenación del crecimiento de los núcleos cercanos.

En la escala local el espacio público no es indiferente a esta dicotomía centro-periferia, como revela el cambio de los escenarios urbanos, la multifuncionalidad o la heterogeneidad del vecindario de cada uno de los casos, en el que el uso hiperbólico del automóvil, entendido como factor de ciudadanía, se convierte en una clave explicativa básica. Esta diferencia tiene una connotación fundamentalmente cualitativa y no cuantitativa en cuanto a los espacios libres. Afecta pues a cuestiones relativas al equilibrio espacial y a derechos *sine qua non* de los mismos como la calidad visual, la utilidad, la

riqueza de funciones, la autenticidad o la tenencia de un nombre (Declaración de Burgos²).

En la ciudad compacta de los núcleos del Aljarafe, aunque con importantes diferencias entre ellos, las plazas o los jardines se insertan de forma aceptablemente suave en el tejido urbano. Son lugares con una mayor tradición y uso, lo que deriva en un mayor reconocimiento y simbolismo. En ellos domina el detalle, la relativa variedad de formas, la integración con las viviendas y la presencia de personas. Ahora bien, el mantenimiento de su vitalidad pasa, entre otras cuestiones, por su cuidado y la dotación de elementos y contenidos que promuevan el uso y la participación activa, en sus distintas facetas e intensidades. Cuestión ésta que no siempre se ha resuelto con la misma fortuna.

Por el contrario, en las zonas de crecimiento los espacios libres reflejan los cambios sociales, urbanísticos y de especialización residencial que las caracteriza como ciudad difusa en la mayoría de los casos. Ello se traduce en una tendencia a la homogeneidad de formas (destacan las plazas duras y de paso, paupérrimos espacios terrizos o zonas ornamentales) y en una evidente escisión de su idiosincrasia de espacio constructivo y de lugar de sociabilidad. En muchos casos son anodinos, pero su principal problema es que son convertidos en espacios residuales, que existen como consecuencia de las determinaciones urbanísticas, pero que en un amplio porcentaje están subyugados a los requerimientos funcionales del viario urbano. Encontramos pues paseos que son medianas ornamentales, plazas y jardines en las traseras de las urbanizaciones y en el punto de contacto con las arterias de acceso, etc... Espacios secundarios en definitiva y en la mayoría de los casos incluso anónimos.

Ahora bien, no siempre es nítida la virtud de los espacios libres de la ciudad compacta ni la vileza de aquellos de la ciudad difusa. En este sentido, no es inhabitual encontrar espacios libres degradados, físicamente privatizados o funcionalmente simplificados en los centros tradicionales cualquiera

2. *Seminario Internacional de Ciudades Históricas Iberoamericanas* (Toledo, 2001). Consejo Internacional de Monumentos y Sitios -Icomos

de los núcleos aljarafeños. Algunos de ellos, espacios teóricamente singulares. Igualmente, algunos espacios de barrios recientes muestran una imagen y dotaciones mínimas que anima a su uso, aunque esté directamente condicionado por la especialización residencial de su entorno.

Por último, este barrido por algunas de las principales claves de la idiosincrasia del espacio público del Aljarafe no sería completo sin una referencia al éxito adquirido por los que algunos autores han llamado “espacios urbanoides”³, inducidos por el deseo de vivir la experiencia urbana pero con una sensación de seguridad, aunque también por el anhelo de diferenciación socioeconómica.

Un caso evidente es la ciudad fortaleza, que se difunde tanto en forma de urbanizaciones segregadas de los núcleos y creadas *ex profeso* con este fin, como en barrios interiores que se hermetizan mediante cerramientos y controles de acceso. En ambos casos los espacios libres, aunque cuenten con buenas condiciones, son ejemplos de privatización y de endogamia social. También triunfan, al igual que en el conjunto del área metropolitana de Sevilla, los nuevos espacios de ocio y consumo, que forman auténticas aglomeraciones comerciales. Éstos, a menudo demonizados, son una piedra de toque del devenir del urbanismo y la ciudadanía en los últimos decenios, sobre todo si se tiene en cuenta la paradoja de que, en ocasiones, cuentan con mayores contenidos y calidad formal que los espacios libres por antonomasia.

Conclusiones

La rápida y descontrolada expansión de la ciudad metropolitana de Sevilla se ha hecho a menudo sin tener en cuenta cuestiones clave como la identidad local, la vitalidad, la diversidad o la habitabilidad. El urbanismo dominante en el Aljarafe es prueba de ello. En este sentido, nos podríamos preguntar si otro Aljarafe es posible y concluir que sí. Pero quizás ante la pregunta de si otro Aljarafe es probable también tendríamos que contestar afir-

3. Goldberger, Paul (1996): “The rise of the private city”, en Vitullo-Martin, Julia (Ed.): *Breaking away. The future of cities*. Nueva York, Twentieth Century Fund Press, pp. 135-148.

mativamente, a la vista de los procesos ya emprendidos y los planteamientos del planeamiento en redacción de la mayoría de sus municipios.

En resumen, se puede atisbar un horizonte de tensiones territoriales y sociales que necesitarían ser correctamente arbitradas. De todas ellas, desde la especulación más voraz a los movimientos ciudadanos más participativos, el espacio público continuará siendo un fiel reflejo.

Antonio García García es profesor del Dpto. de Geografía, Historia y Filosofía, Universidad Pablo de Olavide. **Víctor Fernández Salinas** es profesor del Dpto. de Geografía Humana, Universidad de Sevilla. **Luis Andrés Zambrana** es profesor del Dpto. de Economía Aplicada II, Universidad de Sevilla.